

sol no luce como nuestro sol ni ostenta el cielo azul los esmaltes y reverberaciones de nuestro claro cielo. Cabiendo la hermosura donde falta la luz, bien puede asegurarse que son aquellos sitios hermosísimos. En el horizonte brumoso, entre la indecisión de los cambiantes vapores, el inmenso París, sobre el cual campear las semibizantinas torres de Nuestra Señora, las agujas góticas de la Santa Capilla, las rotondas romanas del Panteón y los Inválidos, los torreones feudales de la Conserjería, las grecas italianas del Louvre, las alturas de Montmartre, henchidas de esparcidos caseríos y coronadas por molinos de viento: al pie, cerca de la posesión regia, el Sena, que forma como verde media luna, y el bosque obscuro de Boulogne, cuyos encinares y carrascales, un tanto achaparrados, componían a la sazón espesa é intrincada selva; por la izquierda, los montecillos sembrados de quintas y de aldeas, ocultos entre huertos, verjeles y prados, eternamente verdes y eternamente húmedos; por la derecha, las arboledas interminables y espesas, de las cuales surgen los campanarios blanquecinos y las famosas poblaciones de Sevres y de Meudón, ambas asentadas en sus graciosas colinas, que los viñedos y los manzanares cubren, y ambas sombreadas por viciosísimo follaje; aquí, allá, en torno de la pesada, pero colosal, quinta, jardines en los cuales álzanse á cada paso estatuas que parecen grupos de cortesanos por lo artificiosas, fuentes que parecen esclavas por lo sometidas á combinaciones materiales, y alamedas que parecen pelucas por lo recortadas y recompuestas, indicando cómo el absolutismo de Luis XIV, transmitido á sus descendientes en tradiciones que formaban un gusto ya histórico y componían una estética ya admitida, ese absolutismo, no contento con vejar la humana libertad, oprimía bajo su férreo cetro á la misma Naturaleza.

Tal es el sitio donde la reina y el orador se vieron y se hablaron, allá arriba en el kiosco, ocupado hoy por triste solitario que presta, á dos cuartos sesión, sucio antejo de larga vista para ver la ciudad de París radiante de vida y las devastaciones de la guerra francoprusiana, ensangrentadas por el combate y ennegrecidas por el incendio. La reina llevaba sobre sus sienas la luz mortecina del mundo que se iba, hermoheado sin duda en ella, última personificación de su grandeza, que debía semejar en hora tan solemne á dulce sirena, de las que, según cuenta Plutarco, retenían con sus cánticos por las ondas del Tirreno y del Egeo la vida moribunda en los cuerpos casi yertos de los dioses caídos allá por el postrer crepúsculo de la mitología y del paganismo. Mirabeau, herido ya de muerte por el trabajo y por el placer; granizado el rostro de viruelas; ancho de espalda como esos alcides que sostienen á guisa de pilastras los colosales monumentos; nervudo de brazos, como cumplía á quien derribaba las instituciones seculares con sólo accionar airado y amenazador en la tribuna; de pecho que hervía y resollaba como una fragua; de mirada fulminante, cual la tempestad de ideas en que á la sazón se abrasaban los pueblos, asemejábase, con las heridas alcanzadas en tantos asedios y las tristezas contraídas en tantos ciclópeos trabajos, á uno de esos titanes entre los cuales se hallaba Prometeo, que había blandido en sus manos las llamas del Etna y aglomerado bajo sus plantas montañas sobre

montañas para derribar del cielo á los dioses y apoderarse de su fuego creador y de su envidiada omnipotencia.

¡Qué contraste! La reina contaba á la sazón treinta y cinco años y tenía esa segunda juventud que dan á las mujeres hermosas los asomos de la madurez en su vida. Mirabeau, anticipadamente envejecido, mostraba ya en ciertas erupciones cutáneas la enfermedad de que debía morir, bien propia por cierto del ardor de su sangre y hasta de la robustez de su temperamento. En ella la hermosura, pero también la debilidad; en él la fealdad; pero también la fuerza. Ella se parecía, en su gracia y en su delicadeza, con los ojos azules y el cabello rubio, la color sonrosada y el talante majestuoso, á la poesía que se va y á la religión que se muere, lanzando sus últimos destellos; mientras él, deforme y gigantesco, se parecía á uno de esos monstruos grandiosos que aborta naturaleza en las edades críticas para los combates horribles y las cruentas victorias. Con seguridad la fuerza no cautivó á la gracia, y la gracia cautivó á la fuerza. Con seguridad el atleta quedó preso en la red tendida por la débil mujer. Con seguridad el alma de María Antonieta se replegó en sí misma á la vista del enemigo y avivó su odio con la constancia que en las voluntades flacas substituye á la audacia de las fuertes; mientras el alma de Mirabeau se desbordó y fué á los pies de la reina como esas ondas férvidas y gigantes que van tronando de furor á tragarse la tierra y se disipan como blancas espumas en los senos de rientes y serenas playas. María Antonieta, con esa vivacidad de fantasía natural en su sexo y con esa fuerza de memoria ayudada por los llamamientos del corazón, debió recordar la hiel vertida por aquel hombre en su existencia y mirarlo como una pesadilla mortal á través de los desacatos hechos por las Asambleas, de los agravios inferidos por los periódicos, de las irrupciones intentadas por el pueblo, de días como el último día de Versalles, cuando sus pobres damas la arrancaban con sus débiles brazos á la muerte, y de noches como la primera noche de su regreso á París en que vio algo tan triste para ella como la muerte misma, el gorro frío sobre la cabeza donde descansaba la corona de San Luis y de Carlomagno. Así es que estuvo fría como una estatua, y mostró más que otra virtud la resignación á su suerte y la conformidad con los inflexibles decretos del destino. Mirabeau, en cambio, se esmeró por ocultar la energía de complexión tras la delicadeza casi femenil de sentimientos; por transformar el huracán de su palabra, que tronchara los tronos, en aura primaveral como aquella que mecía las flores; por persuadir á la reina de que en el yunque donde se forja la revolución cabían aún la ternura, la flexibilidad, la elegancia, los sentimientos elevados y hasta cierta tradición monárquica, últimos refugios de una familia que sólo burlaría el naufragio deshecho renovándose allí donde era todo nuevo y reciente. A decir verdad, ni Mirabeau comprendió la reserva de la reina, ni la reina comprendió el lenguaje de Mirabeau. Los dos se hallaban enfermos y los dos rendidos casi al combate. Los ojos de Mirabeau estaban, de tanto relampaguear, enrojecidos; y los ojos de la reina estaban, de tanto llorar, apagados; la tez meridional de Mirabeau tiraba á verdosa como si tuviera un tinte de atrabilis, y la tez germánica de la

reina tiraba á pálida, como si la alcanzaran las sombras de la muerte; las mejillas de Mirabeau, infladas por reciente obesidad, comenzaban á caerse y arrugarse, como las mejillas de la reina, surcadas por las lágrimas, comenzaban á tomar esos tonos violáceos, oscurecidos aún más por el negror de las ojeras; la reina buscaba en aquella entrevista una esperanza de salvación para todas sus prerrogativas y tenía la seguridad de no encontrarla; al revés Mirabeau, que nunca habló peor, pues estos grandes actores necesitan de un gran público, creyó con el candor innato al genio que, deslumbrando á la reina, había conseguido aplacar su odio contra la revolución y persuadir su ánimo á ceñirse una corona superior á la corona heredada, la resplandeciente aureola de la libertad. ¡Qué desconocimiento de las cosas tan vituperable en quien conocía las ideas y su verbo!

La reina, por una incontrastable fatalidad histórica, quedaba, después de la entrevista, en su empeño por recabar todos los privilegios perdidos sin excepción alguna; y el tribuno no había hecho más, en aquella peligrosa entrevista, que separar con separación verdaderamente insuperable el trono y la libertad, hasta entonces todavía unidos en los recuerdos y en los sentimientos del pueblo. Así, María Antonieta continuó hasta el término de la visita en su frialdad glacial y Mirabeau en sus ilusiones; y á la hora de la despedida, mientras ella se apercebía á muda reverencia, él exclamaba: «Señora, cuando vuestra augusta madre otorgaba á alguno de sus súbditos la alta honra de admitirlo en su presencia, no los despedía jamás sin darles á besar su real mano.» María Antonieta levantó la cabeza con orgullo como buscando en el cielo aquel numen, á tal hora y por tales labios invocado, el alma de su madre; y tendió con imperio al orador su real mano. Inclínose el genio con altivez también regia, besóla con entusiasmo sincero, é irguiéndose, dijo con resolución heroica: «La monarquía se ha salvado.»

¡Infeliz! La había perdido. Cuando descendía á caballo la cuesta de aquella colina, tan alentado por las esperanzas que acababa de concebir, como enardecido por las frases que acababa de recoger, no podía mirar el abismo donde cayera al deslumbramiento natural producido por su orgullo, tan deslumbrador como la luz de aquella risueña mañana de mayo, y á la exaltación producida por sus ilusiones, tan risueñas y tan tibias como el aire cargado de aromas y encendido por el calor de la primavera. Pero si hubiera mirado dentro de sí mismo, alcanzara que toda transacción se había completamente imposibilitado por una debilidad irreparable suya, por haber tendido la mano al oro de la corte. Las muchedumbres solamente creen, y tienen razón, en las conversiones desinteresadas y sinceras. Si el móvil no aparece ante los ojos de la conciencia universal tan puro como el fin, tienen verdadero fundamento para llamar á esos actos de combate con los extravíos de las revoluciones, actos de apostasía ó de traición. Toda aquella escena hubiera sido sublime y trágica, Mirabeau grande, la terminación acaso salvadora, de no haber por medio aquel oro que lo corrumpía todo con su horrible corrupción. El Titán acababa de sacrificar la vida de todos los tiempos, el renombre de gloria, el poder sobre las muchedumbres, la propia imagen suya en la poste-

ridad, al pan de un día, al placer de un momento, á la satisfacción y á la comodidad que, después de todo, solamente se encuentra para existencias como la suya en la paz de los sepulcros y en la seguridad de que, víctimas por mucho tiempo de la injusticia y de la calumnia, han de tener tarde ó temprano su premio en los anales de la historia y su transfiguración en el reconocimiento de la humanidad, que si corona la grandeza, sólo diviniza la virtud.

XII

A pesar de todos sus vicios y de todas sus caídas aquel hombre era en realidad un milagro de la naturaleza. Lleno de tempestades el aire y agrietado por los terremotos el suelo; entre cien batallas encendidas por las pasiones más exaltadas; circuido de innumerables enemigos que le asedian; acompañado de la envidia y de la calumnia que le muerden; con mil proyectos en la cabeza, vasta como un universo de ideas, y con mil pasiones en el corazón, de grandes sentimientos henchido; trabajador y combatiente infatigable, filósofo en acción que piensa de improviso y dice en fórmulas eternas lo pensado, hombre de mundo que va de las asambleas á los salones y de los salones á los clubs, hombre de sentimiento que necesita así la amistad como el amor, hombre de estado que prevé y calcula, y tiene tiempo para todo y se encuentra en todas partes; su grande alma se asemeja á esos cometas, los cuales llenan con sus fajas y colas de luz incierta los cerúleos espacios. Aquel cerebro es un motor siempre alimentado por el fuego de grandes pensamientos; aquel corazón es una máquina que impele y expela la sangre con una fuerza generadora de acciones incesantes y continuas; aquellos nervios como esas arpas sensibles que suenan á los tañidos del aire; aquella vida como un torrente que se despeña, y que aparentando buscar en su tortuoso y devastador curso, ya la satisfacción de las ambiciones ó ya la satisfacción del renombre y de la gloria, busca realmente el eterno y solemne reposo de la muerte, único remanso concedido á su vertiginosa carrera. Mirabeau es jefe de un partido político, y por tanto general de ejércitos que exigen suma atención y revistas continuas; es gufa de un grupo parlamentario, y por tanto cabeza de diputados que piden una dirección sostenida, la cual impela sin fuerza y mande sin imperio; es justador eterno en las justas oratorias, y por tanto siervo de un estudio prolijo, de una meditación reflexiva, con cuya virtud recorra toda la escala de las ideas, encerrándolas en formas artísticas que hagan pensar á los hombres superiores y sentir á los pobres pueblos; es presidente de comisiones y redactor de dictámenes que le imponen el profundizar desde la relación de los poderes públicos entre sí en la obra de un código fundamental hasta la relación del suelo con el subsuelo en los proyectos de minas; es comandante de la milicia nacional, y llamado por ese cargo á guardias, á paradas, á ejercicios, á procesiones, á fiestas, á combates; es publicista que debe hojear cien obras, dictar mil artículos, sostener polémicas; es amante de la sociedad y de la naturaleza, lo cual así le arrastra á las cenas de las bailarinas y á los bastidores de la Ópera como al retiro de Argenteuil, donde con-

versa con los campesinos como un labrador y recoge el rumor de las selvas y el cántico de las aves como un poeta; inmensa naturaleza, tan una en sí misma y tan varia en sus manifestaciones, que cansa con sus aspectos múltiples á todos los comentaristas y que aplasta bajo su inmensa pesadumbre los sólidos altares de la historia. Oriundo de Italia, la patria del genio; nieto de aquella Florencia, tan diestra en el arte como en la política, y que ha sabido reunir la inspiración y la falsía; hijo de Provenza, donde la luz aviva el estro y caldea los corazones; miembro de feudal familia en la que andan juntos los vicios más monstruosos con las más puras virtudes; raptor en edad bien juvenil de una mujer amada, cuyo recuerdo ha pasado á fervoroso culto en su pecho; huésped de aquellas fortalezas y calabozos guardados por las ceñudas torres, símbolos de la siniestra Edad Antigua; perteneciente al patriciado por su cuna y por sus gustos, al pueblo por sus doctrinas y por sus ideas; con los ímpetus del orador y las reservas del estadista; con la sensibilidad femenil de los poetas y el valor sublime de los héroes; con faltas y virtudes como ningún otro hombre; filósofo y orador, había tal ductilidad en su complexión y tales facultades en su inteligencia que para juzgarlo, sobre todo enfrente de las estatuas correctas y frías que en mármol de Paros nos ha dejado la antigüedad, quizás necesitemos las perspectivas inacabables del tiempo, las cuales dan con sus lejos y sus penumbras á las figuras más reales y más verdaderas de la historia, sin quitarles nada de su verdad, la alta entonación del poema y los varios arreboles de la leyenda y la apoteosis de la poesía y del arte.

¡Oh muerte! que extiendes tus límites sombríos en torno del ser á manera del negror de la noche en que van como engarzados los astros; muerte, que todo lo descompones y lo pudres para rehacerlo y renovarlo todo, porque sin ti parecería la vida como un lago inmóvil y corrompido en su inercia; muerte, que has de extinguir el sol con tu aliento como pobre pavesa y has de segar la tierra con tu guadaña como una espiga vacía; muerte, pálida reina de todos los seres, envuelta con tu manto de sombras y ceñida de tu corona de adormideras, que te alzas en los confines de la eternidad; muerte, implacable en tu rigidez, detente algunos minutos al pasar por el lado de ese cerebro, tan vasto en su invisible magnitud como la bóveda celeste, y perdónalo, puesto que elabora continuamente algo inaccesible á tu exterminadora pujanza, el pensamiento y el espíritu, cuya es la eternidad destinada á extender sus alas inmensas sobre la ruina y la demolición del universo. Pero la muerte ni ve ni escucha á nadie, como sorda á nuestros clamores y ciega á nuestras ideas, importándole poco la obra que destruye bajo sus plantas de esqueleto y la inspiración que extingue con su soplo de hielo, aniquila tristemente así al orador como al jornalero, así al rey como al esclavo, así al pontífice como al monaguillo, así al astro como al mosquito, cual nosotros, fríos é implacables como ella misma, nos vemos obligados á matar para vivir, exterminando innumerables seres en la necesaria asimilación por cuya virtud nos apropiamos las substancias y vivimos en la Naturaleza.

Mirabeau aparecía como si fuese toda la revolución.

Era, pues, natural que quien más cooperara á la gran tragedia más sintiera sus catástrofes. Era natural que, así como todas las ideas refluieron á la cabeza de Mirabeau, todos los dolores refluieran también á su corazón. Era natural que muriese de trágica muerte quien había empleado la vida en domar y aniquilar tantos monstruos. Para el vulgo de las gentes la muerte de Mirabeau aparece la más envidiable, porque expira en su cama, asaltado de enfermedad natural, asistido del gran médico Cabanis, rodeado del pueblo entero que le aclama; al comenzar el crepúsculo sangriento del terror y al concluir la época de su popularidad; entre los arreboles de la gloria, como el sol de un día espléndido en su ocaso, y escuchando á mil voces discordes el himno de su apoteosis y la consagración de su inmortalidad. Pero hay que ahondar en su historia para ver cómo murió en el momento mismo en que más necesitaba de la vida, y más terrible, y más implacable, y más severa aparecía á sus ojos la muerte, venida con esa inoportunidad, muestra de su imperio, á interrumpir á deshora al sublime artífice en el momento más crítico de su obra. El orador de los grandes arrebatos iba en aquel punto á dar de sí al estadista de los grandes cálculos. Gústales á estos hombres que han desatado las corrientes del progreso y prestádole impulso extraordinario, someterlas á su mandato con imperio, distribuir las en la realidad con mesura. Imaginanse dioses, y por tanto fácil y hacedero lanzar desde sus pródidas manos el océano inmenso henchido de tormentas y luego encerrarlo en límite de arena. Como vierten con tanta facilidad un río de su boca organizada para fluir ideas, intentan luego abrir un cauce á ese río con sus hercúleas manos á fin de que fecundice y no inunde. A esta hora crítica, cuando el Parlamento iba á convertirse en Convención, el debate en guerra, los partidos en facciones, el poder en dictadura, los clubs en asambleas, la cuchilla de la guillotina en instrumento de gobierno, el verdugo en magistrado, el exterminio en ley, Mirabeau se creía capaz de contener la vertiginosísima carrera de las cosas y salvar á todos cuantos iban despeñados hacia la ruina en los bordes oscuros del abismo. Y creía que para tal obra sólo necesitaba vivir. Imaginaos, pues, con cuánta tristeza y angustia recibiría en su corazón el nefasto presentimiento de su muerte.

Pero no es posible romper la frágil condicionalidad de nuestra naturaleza ni franquear el límite infranqueable de las cosas. Tiene un límite el océano, tiene un límite el sol, y no lo ha de tener el humano organismo, esa cal encendida por un poco de calor y animada por un poco de espíritu? La cabeza del grande hombre estallaba al hervor de las ideas como la bomba á la explosión de la pólvora, y sus nervios se rompían como cuerdas demasiado remontadas y tirantes, y su sangre le abrasaba como si fuera plomo fundido. Poco después de su fulminante apóstrofe contra la bárbara ley de emigración, en que tuvo aquel magnífico arranque «juro no obedecerla,» fuese á casa de su amantísima hermana y le dijo en confianza que se sentía herido de muerte. Al salir del club de los jacobinos, adonde se presentó tras su conminación á los treinta, desafiando con altivez las iras de aquellos eternos conjurados, su secretario, que le amaba con sin igual ternura, analizó su café para

averiguar si estaba envenenado: que mil veces le acechara con traidor acecho la envidia. En aquellos días tocóle presidir la Asamblea, y se presentó con el cuello vendado, después de haber recibido un golpe de sanguijuelas aplicadas para el alivio de la vista, que turbaban á la continua vapores de sangre. Jamás se ha conocido lucha más porfiada con el destino; mayor empeño en detener sus decretos; mayor resolución de esquivarse á la muerte, entre cuyos brazos forcejeaba con rabia. A fines de marzo de 1791 iba desde su hotel de la Chaussée d'Autin á casa de su hermana; desde casa su hermana al palco de la Ópera; desde el palco al club; desde el club al retiro de Argenteuil; desde el retiro de Argenteuil, donde recogía su pensamiento, á la Asamblea, donde prodigaba su palabra en defender una ley de minas; desde la Asamblea al jardín de las Tullerías en que la gente le asediaba; desde el jardín de las Tullerías á las redacciones de los diarios; desde las redacciones de los diarios á los bailes; como si trabajando de esa suerte y metiendo ese ruido pudiese ahuyentar á la muerte, cuyo llamamiento no temía por sí mismo, sino por la libertad y por la patria. Cuántas veces se le oía decir á solas, en términos vagos, como quien balbucea pensamientos indeterminados, que Francia sólo mediría todo su valor después de su muerte, cuando ya fuese inútil completamente aquel juicio, así para el tribuno como para la nación. Y al poder y á la fuerza de estos pensamientos dábanle tales vértigos que un día se desmayó en casa de su amigo Lamarque y estuvo mucho tiempo sin conocimiento y sin vida casi. No tenía remedio; la muerte, más poderosa que la fuerza de aquel titán, se había agarrado con él á brazo partido, y lo soterraba bajo sus plantas, al peso incontrastable de la fatalidad.

Tenemos dos testimonios de primera excepción que consultar para conocer la agonía de Mirabeau. Es uno el relato de su hijo adoptivo y es otro el diario de su médico predilecto. Ellos nos han dado cuenta de todas las frases que se escaparon á su agonía y de todos los movimientos que sacudieron sus nervios. Lo mismo el severo Thiers que el poético Lamartine; lo mismo el dramático Michelet que el original Carlisle; todos los historiadores de la revolución francesa han recogido ahí, á manos llenas, los últimos pensamientos que atravesaban, culebreando como la centella eléctrica, los surcos de aquella frente, la cual podía llamarse, por espaciosa, trasunto verdadero de la inmensidad de un alma sublime. El día último de marzo, al comenzar el nacer de la primavera, comenzó también el morir de tan grande hombre. Conociólo él con exacto conocimiento y apercibióse á su fin último con estoica serenidad. Para no faltar á su fe filosófica y no desconocer los respetos sociales, como le habrían de confesión y de confesor, respondió que acababa de consultar á su amigo el obispo de Autún, al célebre Talleyrand, dando así muestra de conciliar la entereza con la prudencia en los mismos estertores de la postrer agonía. No puede dudarse, no, á medida que la carne desmaya, que el organismo cae, que la vida huye, elévase el alma á la eternidad y mira desde esas alturas las cosas en su admirable conjunto, realzadas por los destellos de esta última y suprema despedida. Diríais que el frío externo del cuerpo aumenta el interno calor del espíritu, cuya esen-

cia arde como la zarza del Oreb encendida por el aliento de Dios. Aunque llega el fin último tan á deshora, no exhala una queja al vacío ni dirige una reconvencción al destino. Bien al revés, cuando se apercibe á ejercitar las maravillosas facultades de estadista, con que el cielo ha querido completar sus maravillosas facultades de orador, y á unir la monarquía con el pueblo, le llama trágicamente la muerte, y si resiste, es mientras siente la vida circular por sus venas y la esperanza latir en su corazón; pero cuando advierte que los decretos de la fatalidad aparecen como inexorables en su corazón, se entrega y se rinde con el resuello, con la pujanza, con la bravura de un toro desplomado en el circo tras soberbia y sangrienta resistencia. La sombra del mundo, que va próximamente á dejar, se extiende sobre este grande astro, y de la sombra salen como voces inarticuladas y sobrenaturales que podrían llamarse el verbo de los hechos y el lenguaje de las cosas. Cuántas ideas sin forma pasan por aquellos ojos sin luz. La monarquía, la cúspide del mundo cercano á su ocaso, le embarga, dibujándose á su mirar, en estos instantes de zozobra, como la arboladura de nave magna sacudida por la tormenta. «Llévome en el corazón, exclama, el canto mortuorio de la monarquía, presa de las facciones.» Luego, como sonara, no sé con qué motivo, el cañón allá en las alturas de Montmartre, acuérdate de su ministerio en el mundo; de los combates que han sostenido sus gigantescas fuerzas; de las ideas que ha derramado por sus elocuentes labios; de las instituciones que ha destruido con el fruncir de su entrecejo como un dios, y de las que ha sembrado desde la cúspide de la tribuna como un genio; de los enemigos que ha ceñido y atado á su carro de vencedor, arrastrándolos en torno de la Asamblea, y exclama: «¿Son ya por ventura los funerales de Aquiles?» Pesábale con grande pesadumbre la cabeza en aquellos instantes supremos á la gravedad de sus últimos pensamientos, y un amigo, viendo que se inclinaba mucho á guisa de la copa de un árbol tronchado, la tomó entre sus manos como para aliviarle, y volviendo los ojos á quien así de él se compadecía, y mirándole de hito en hito, exclamó: «Sostén la cabeza, sosténla, que bien quisiera legártela.» Aunque parezca orgullosa la frase, nacía de este examen de conciencia á que el ocaso de su vida le impulsaba y de la reflexión sobre sí mismo y sobre toda su historia, en cuyo precipitadísimo repaso debía ver con esa visión clara, que la proximidad del trance último da á los espíritus, el influjo inmenso ejercido por su acción y por su palabra en toda aquella sociedad en la virtud creadora de su pensamiento enaltecida y transformada. Mientras tales ideas corrían por su cerebro, el sol entraba, como si quisiera beberse la última luz despedida por aquella frente radiosa y desafiar con los rayos de su disco los resplandores de la inmortal aureola de aquel espíritu, próximo á tomar otra luz más nueva en la claridad de lo eterno. Enamorado de la luz como Goethe, que la pedía con anhelo al expirar, absorto en el rayo que traía el calor de la vida al seno de la muerte, dijo: «Si no Dios mismo, de seguro es su primo hermano.» Y esta luz debió inspirarle una vivaz alegría, moverle á considerar los dolores que dejaba con dejar la armadura de su organismo y las esperanzas que relucían allende el sepulcro, cuando animado, locuaz, hizo

que le aproximasen á la ventana, desde la cual se veían los árboles del jardín cubiertos con los primeros brotes, y que lo vistiesen de nuevo y que lo ornasen con todos los adornos propios de su sexo y de su tiempo á fin de recibir á la muerte como el novio á la desposada. Y en una efusión lírica habló del último trance, como pudiera hablar un poeta del antiguo helenismo, diciendo: «Voy á morir, dadme vino que me fortalezca, ceñidme flores que me coronen, vertedme aromas que me embalsamen, para entrar dulcemente en este sueño, del cual no volveré á despertar.»

Mas, después de semejante efusión, sarcástica la muerte, robóle sin piedad la palabra, como si quisiera jugar con aquel hombre, á cuya voz se formara y naciera un nuevo mundo social. Mirabeau sin palabra es un cielo sin soles, un sol sin fuego, un fuego sin calor, un calor sin vida, una vida sin alma, un alma sin ideas, una idea sin revelación, una revelación sin Dios, un Dios sin universo. Así es que al verse privado de aquella arma de sus combates, de aquella expresión de su pensamiento, de aquel tenue articulado sonido con el cual movía los corazones y engendraba como un nuevo espíritu, desesperóse hasta llegar á la última desesperación y pedía por gestos que le diesen opio bastante á precipitar y acelerar su muerte. Como le negaran este último consuelo, pidió tinta y papel, trazando con mano segura esta palabra: «dormir.» Y en efecto, durmióse para siempre. La nación había perdido su cúspide, la tribuna su voz, la libertad su defensa, el Estado su escudo, la Asamblea su guía, la revolución su fuerza más moderadora, la democracia su vocero más elocuente, el progreso su revelador más luminoso, el arte su más bello ornamento, la elocuencia su sublime titán; y bien puede asegurarse que, al caer, cae con él toda una clave de la sociedad y con él se apaga todo un celaje de humano espíritu que creció mucho al pasar por aquella cabeza, no perdonada de la irreverente y atrevida muerte. Así es que cada ciudadano se sintió herido por tan rudo golpe, como si al irse Mirabeau se llevara al sepulcro consigo una parte esencialísima de la vida y del alma de todo el mundo.

Antes y después de su muerte París entero demostró que comprendía lo irreparable de aquella pérdida y que llevaba el duelo universal de Francia. Agolpábanse las muchedumbres durante su agonía al dintel de la vivienda, parte curiosas, parte enardecidas, todas embargadas por aquella desgracia nacional. Monarcas y jornaleros, ya que no pudieran unirse en las instituciones ideadas por Mirabeau, uníanse en el dolor de su muerte y en el reconocimiento y proclamación de su inmortalidad. Como Luis XVI enviara frecuentemente á preguntar por su estado, decían las hojas revolucionarias: «Agradecemosle que no haya ido en persona: lo hubieran idolatrado.» Ninguna noticia bastaba á sosegar la inquietud, pues arrancábanse de las manos unos á otros los boletines y en alta voz los leían para conocer el curso de la terrible enfermedad. Este caía en estupro, aquel en desesperación, los más se exaltaban hasta la rabia, y algunos gemían y sollozaban como si fueran á perder el objeto más caro de su vida. Mozo hubo que no creyó sosegada su conciencia y cumplido su deber sino extendiendo sus brazos á los médicos que pasaban y brindándolos su sangre joven para prestarla al mori-

bundo por medio de la infusión entonces muy en boga. Espontáneamente el pueblo velaba los alrededores de la casa é impedía que los coches pasaran cerca de ella. No había medio alguno de transitar á causa de la multitud de grupos que lo llenaban todo; y á la hermana del gran orador le abrían paso con religioso respeto por esos instintos de buena crianza congénitos á la población de París y tradicionales en su historia. Velábanle en la calle como pudieran velarle sus más íntimos en la alcoba; y cuando se requería alguna medicina, iba de mano en mano desde el mostrador de la farmacia á la cama del enfermo. Así pudo decir con razón y fundamento entre las palabras sacramentales de su agonía esta consoladora: «Dulce me era vivir por la libertad del pueblo; pero me es más dulce expirar en los brazos del pueblo.»

En verdad el dolor no tuvo límites en París ni tendrá expresión posible en la historia; entre los que le vieron morir pasaron escenas espantosas, pues su médico creyóse demente y su secretario tiró á degollarse; entre la muchedumbre se exhaló un clamor semejante al silbido del viento, al hervidero del océano, al resuello de los volcanes; cerráronse todos los teatros y suspendiéronse todos los bailes; por las encrucijadas los oradores de guardacantón pronunciaron oraciones fúnebres que el pueblo oía con silencioso recogimiento, y por las calles los ciegos y vendedores públicos ofrecían á gritos su retrato, sus dichos, sus arengas; el ayuntamiento de París corrió á la Asamblea, á aquella Asamblea llorosa, enlutada, viuda, y le propuso consagrar la iglesia de Santa Genoveva á los grandes hombres, convertirla en Panteón nacional, y colocar en su centro los despojos del llorado orador; guardó la milicia toda la larga carrera que conducía desde el lugar de su vivienda al lugar de su reposo, y le acompañaron más de cien mil admiradores; inundáronse las calles de gentes y cubriéronse de gentes hasta las cimas de los tejados; á la cabeza del cortejo iba Lafayette, ese representante tímido, pero caballeresco, de la revolución que incendiara á dos mundos; tras Lafayette, el presidente de la Asamblea rodeado de doce ujieres; tras el presidente, la representación nacional entera; tras la representación nacional entera, el club de los jacobinos con aires de soberanía; tras el club de los jacobinos, esa inmensa muchedumbre que levantaba á los cielos como una especie de fúnebre rumor acompañado por el redoble de los tambores destemplados, por el estridor de los clarines plañideros, por el lamento de los oboes luctuosos, por las descargas de veinte mil milicianos nacionales, por los cantos fúnebres del clero medio juramentado: sublimidad aumentada en las sombras, cuando al venir la noche con sus tinieblas y encenderse las fúnebres antorchas con su mezcla de llama y de humo, entraba el féretro escoltado de todo un pueblo por el intercolumnio corintio y bajo la rotunda romana del Panteón, como pudiera entrar la imagen y el simulacro de todo un Dios en sublime y eterna apoteosis.

¿Quién había de decir lo que pasó dos años más tarde? No era esta noche luminosa de abril en que brillaban tierra y cielo como si mutuamente se disputasen aquella gloria inmortal; era triste mañana de octubre, en que el aire estaba cargado de vapores y el suelo cubierto de humedad. No se oían ni músicas ni

cánticos, sino el ruido siniestro de unos cuantos pasos en las losas del pavimento y de unas cuantas piquetas en las piedras de un sepulcro. Rígido y frío burócrata, de esos que cumplen su deber con fidelidad mecánica, obedeciendo las disposiciones de la autoridad como los cuerpos obedecen las leyes de la gravitación, dirigía la empresa de arrancar á su templo los huesos del grande hombre, sin temor alguno á que, herido por aquella profanación, se levantara del sarcófago y consumiera con una de sus miradas de fuego y aniquilara con uno de sus apóstrofes de horror á los irreverentes profanadores. La Convención, ebria de sangre, coronada de sombras, demente de terror, no se contentaba con guillotinar á los vivos, sino que, substituyéndose soberbia á la historia en el tiempo y á Dios en la eternidad, atormentaba á los muertos. Y las piedras del sepulcro de Mirabeau fueron arrancadas, y su ataúd arrastrado, y sus huesos movidos por atrevidas manos, tan frías y tan crueles en aquel ejercicio, como las garras y las quijadas de las feroces hienas movidas por el hambre. Y lo pudieron todo impunemente. Aquella mano que deshizo la corona de los reyes no se movía para soterrarlos; aquel esqueleto que, encendido por el fuego de la vida y animado por el calor de la sangre, coronara las cimas de la tribuna francesa, no se irguiera irritado; aquella frente que, como los altos montes, llevaba volcanes y ventisqueros, nubes y rayos, aludes y tormentas, no lanzó fulminante idea; aquella lengua, que sonara como la campana llamando á los vivos y plañendo á los muertos en los tempestuosos confines de dos edades, no pudo despedir una palabra aterradora; y los desenterradores jugaron con sus despojos como los niños juegan con sus fichas y sus bolas, sin que al ruido se estremeciese y se abismase la tierra, antes orgullosa de sustentar tanta y tan desmedida grandeza. Y en la noche, sin respeto, sin duelo, sin conocimiento quizás de lo que hacían, volcáronle en tosco ataúd de pino y condujéronle al cementerio de los ahorcados, y á la fosa común que se traga en el olvido las generaciones; y no pusieron señal ninguna indicando á los venedores la última morada de aquel gigante cuyo renombre apenas cabe en la historia. ¿Hay algo más triste? ¡Oh gloria, oh tenue y despreciable humo, cómo te vengas de los mismos á quienes exaltas, y cómo tus coronas, que por fuera parecen de laurel, son por dentro de espigas!

XIII

En esto las dificultades de la situación comenzaban á recrudecerse y las pasiones á exacerbarse. El rey sentía dos grandes humillaciones: primera, la persecución sistemática de sus gentileshombres, llamados caballeros del puñal por la plebe, y la fuerza coercitiva empleada por la Asamblea y por el gobierno constriñendo al clero que jurase de grado ó por fuerza la Constitución. Las humillaciones infligidas á la aristocracia herían su conciencia, y las humillaciones infligidas al clero herían su conciencia. Mientras de su seguridad personal, de su vida, de la paz de su familia se trataba, podía sufrirlo todo en paciencia; pero tratándose de sus amigos, de los leales que permanecían junto á él en medio de tantas zozobras, tratándose del

clero, de aquellos probados sacerdotes que le comunicaban con la Iglesia y por la Iglesia con Dios, creíase en el deber moral de una resistencia invencible, sustentada con ánimo resuelto y decidida á todo menos á la conciliación y á las transacciones. Así tenía por necesario, él tan tímido y tan irresoluto, conjurar contra su patria la ira de todas las naciones y llamar deliberadamente, sin escrúpulo alguno, esas iras devastadoras aqueude las fronteras. Un rey absoluto tiene tal idea de la divinidad de su origen y de la excelencia de su poder, que confunde su persona con el Estado y su trono con la patria. Para Luis XVI aparecía como cosa liviana someter la nación al extranjero, con tal de emancipar la corona del ominoso poder de los partidos. Luego los reyes componían á sus ojos como una legión sacratísima, en la cual tenía depositada la Providencia su más alta representación y contenida su más fiel imagen. Así, creía lo más natural del mundo moverlos, sublevarlos, dirigirlos con sus ejércitos hambrientos en una irrupción gigantesca al corazón mismo de aquella Francia que le confiaba su independencia y su honra. Todos los días repasaba la historia inglesa, leía y releía las instructivas páginas de Hume, reflexionaba con reconcentrada meditación sobre las causas que arrastraron á Jacobo II al destierro y á Carlos I al patíbulo, sin comprender jamás que la principal consistió en su inclinación decidida por dos potencias extrañas, en su inclinación por la corte de Roma y por la corte de Francia. Y Luis XVI, el tímido, el irresoluto, el humilde, el mísero artesano, tanto corrompe una engañosa educación, desataba sin remordimientos las invasiones por los cuatro puntos del horizonte y llamaba sobre los ciudadanos y las madres y los pequeños inocentes la guerra con su cortejo de pestes y de incendios y de despiadadas matanzas. He ahí adonde llegó la institución patriarcal erigida por los doctores de la Edad Media sobre los pueblos, como se erige y se levanta un padre sobre toda su familia. Las monarquías extranjeras no demandaban otra cosa sino desquitarse de los agravios recibidos naturalmente de una rival tan formidable como Francia, cuya posición en el centro europeo, si la hace el foco de todos los rayos luminosos y la factoría de todos los productos mercantiles y el tornavoz de todas las ideas científicas, también la hace el blanco de todas las guerras y el despojo de todas las conquistas. El rey de España creía que á un pariente tan cercano como él cuadrábase acorrer á sus primos los reyes, aun á costa de vulnerar y de oprimir á Francia; el emperador de Austria imaginaba punto de honor, deber de familia, sentimiento de religión, acudir á la defensa de su hermana, la reina, herida en el corazón y amenazada de muerte; el caballeresco rey de Suecia desquitábase de sus recientes derrotas y de la vergüenza que naturalmente le traían consigo, pugnando por una dama de sangre imperial en inmenso torneo henchido de príncipes y reyes; la emperatriz Catalina pensaba, después de haber servido tanto al espíritu de aquel siglo, que el calor de sus rayos y la voz de sus profetas podía penetrar en el sepulcro de la infeliz Polonia y resucitarla, por lo que azuzaba constantemente á todos sus compañeros, alzados en las eminencias sociales, á la guerra santa, en la cual entrarían llenos de rabia sus mogoles, sus esclavos,